

bam  
bú

# Los gamopelúsidas

Aura Tazón



Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, S. A.

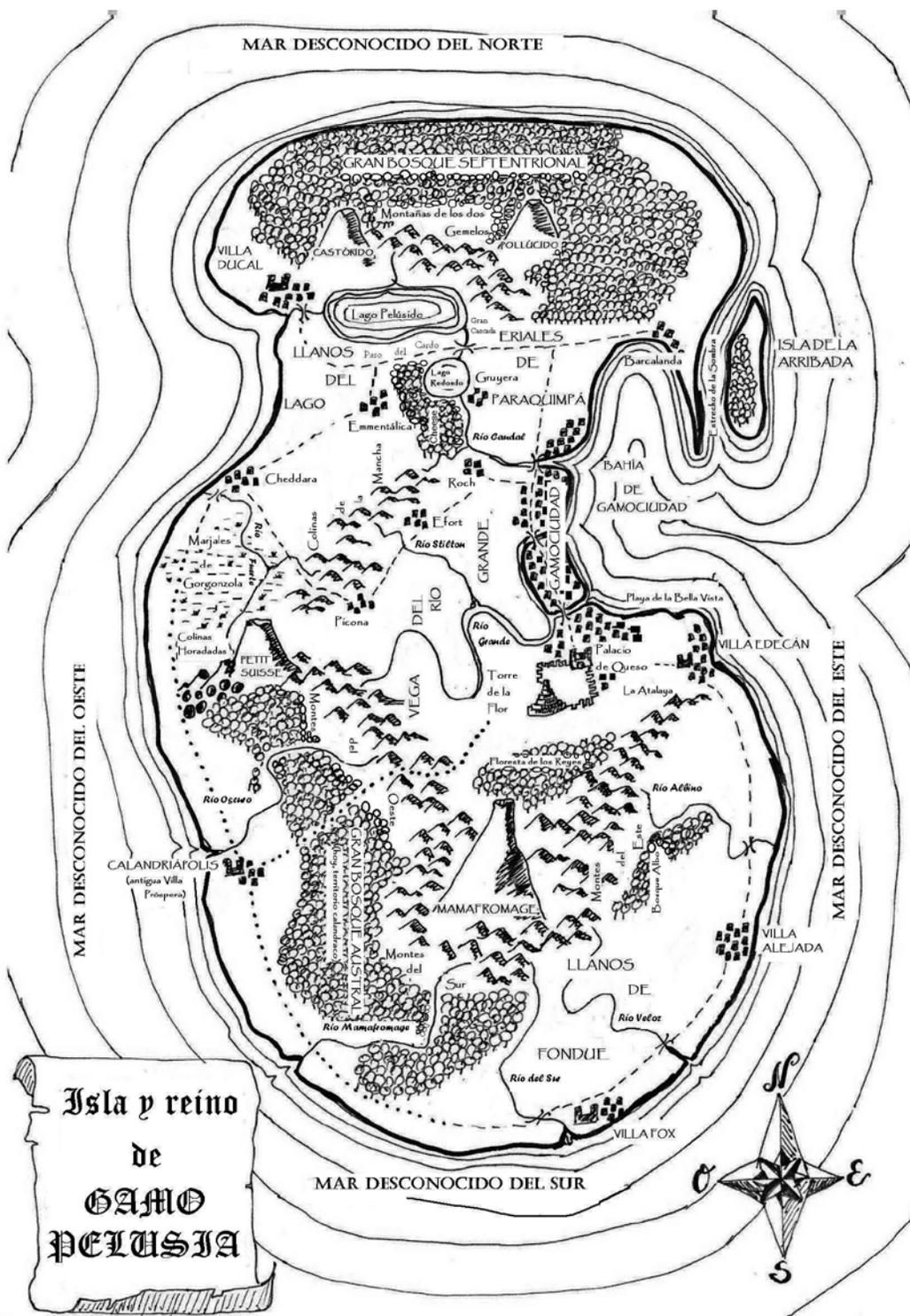
© 2009, Aura Tazón  
© 2009, Editorial Casals, S.A.  
Tel.: 902 107 007  
[www.editorialbambu.com](http://www.editorialbambu.com)

Diseño de la colección: Miquel Puig  
Ilustraciones interiores y de la cubierta: Luís Bustos

Primera edición: abril de 2009  
ISBN: 978-84-8343-056-9  
Depósito legal: M-5356-2009  
*Printed in Spain*  
Impreso en ANZOS, S.L. - Fuenlabrada (Madrid)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,  
ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna  
forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por  
fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo  
y por escrito de los titulares del *copyright*.

MAR DESCONOCIDO DEL NORTE



GRAN BOSQUE SEPTENTRIONAL

VILLA DUCAL

CASTORIDO

Montañas de los dos

Gemelo

POLLUCIDO

Lago Pelusida

LLANOS DEL LAGO

Emmentálica

Cheddara

Marjales

Gorgonzola

Colinas de la Mancha

Colinas de la Mancha

Horadadas

PETIT SUISSE

Montañas de la Mancha

PICONA

Rio Ostero

CALANDRIAFOLIS (antigua Villa Ptolema)

Montañas de la Mancha

ERIALES DE PARAQUIMPA

Barcalanda

Lago Redondo

Gruyera

Rio Candat

Roch

Efort

Rio Stilton

GRANDE

Rio Grande

Torre de la Flor

Palacio de Queso

La Atalaya

Floresta de los Toros

Montañas de la Mancha

ERIALES DE PARAQUIMPA

Barcalanda

Lago Redondo

Gruyera

Rio Candat

Roch

Efort

Rio Stilton

GRANDE

Rio Grande

Torre de la Flor

Palacio de Queso

La Atalaya

Floresta de los Toros

Montañas de la Mancha

ISLA DE LA ARRIBADA

Entrada de la Sombra

Bahía de Gamocidad

Playa de la Bella Vista

VILLA EPECAN

Palacio de Queso

La Atalaya

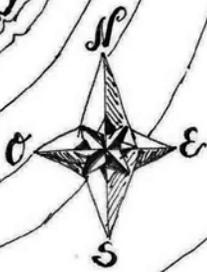
Floresta de los Toros

Montañas de la Mancha

MAR DESCONOCIDO DEL ESTE

MAR DESCONOCIDO DEL SUR

Isla y reino de GAMOPELUSIA



**Parte primera**  
**El Elegido**



## PROFECÍA NÚMERO MCDLXXXII

Todo tiene su principio, todo llega a su final;  
Nuestros Padres lo fundaron, el mar se lo tragará  
En el trigésimo día de la primera señal.

Un extraño forastero en la playa encallará  
Arrojado por las aguas, sin saber ni dónde está;  
Lo tendrán por un espía, mas en héroe devendrá  
Pues la salvación del pueblo en sus manos llevará.

Hijo del desposeído, juró eterna lealtad;  
Revelará el gran secreto al enemigo voraz,  
Que penetrará en la Torre y todo lo arrasará.  
Pide a cambio una corona, pero no se la darán.

Todo tiene su principio, todo llega a su final;  
La mar fue nuestro destino y nuestro sino será.

(Extracto del libro *Visiones y desvelos del futuro*, de Maese Irnerio Vetusto, seleccionado por Abúlico Topera.)

Don Abúlico Topera, el maestro, un topo de biblioteca con dos narices, se quitó las gafas y frotó los doloridos ojos. Debía ser el único habitante de Gamopelusia que tomaba en serio las predicciones de Irnerio Vetusto, un gran mago que vivió hace casi mil años, contemporáneo de los Padres Gamopelusines que fundaron el reino. La mayor parte de los gamopelúsidas pensaba que, en realidad, nunca existió o bien que, todo lo más, era un loco visionario

que se arrojó al cráter del Mamafromage, el volcán más alto de la isla.

Pero don Abúlico estaba hondamente preocupado, pues esa profecía, la mil cuatrocientos ochenta y dos, fue la última que el mago hizo y, lo que es peor, la única que en esos momentos quedaba por cumplirse. Y el maestro topo de dos narices estaba convencido de que vaticinaba el fin de Gamopelusía, el apocalipsis, el hundimiento de la isla en los mares desconocidos que ya nadie se atrevía a navegar.

«Por suerte, tenemos dos pistas a las que agarrarnos», pensaba. La primera, que llegaría un extraño forastero a las playas de la isla; ese extranjero era, sin duda, el Elegido para salvar a los gamopelúsidas del desastre, aunque tendría que darse prisa, porque el cataclismo sucedería en treinta días desde su venida. La segunda pista, para estar seguros, era una traición, pero don Abúlico no era capaz de resolver a qué se podía referir.

–Bueno –se dijo–, mejor será que me vaya a dormir. Ya volveré a trabajar sobre este asunto mañana.

## 1. La extraña criatura

**A la mañana** siguiente, don Abúlico Topera salió corriendo de casa, sin tiempo de acabar su desayuno septembrino, con la chaqueta a medio poner y los zapatos sin atar. Dejó las tostadas untadas con queso y miel sobre la mesa, lamentándose de que se las fueran a comer las moscas, porque el agente de la autoridad, un apuesto lobo policía de cuatro orejas que respondía al nombre de Ulises, le reclamaba imperativamente. Habían encontrado «algo» o «alguien» (no se sabía muy bien) en la playa de la Bella Vista, aparentemente arrojado por las aguas; deseaban conocer su opinión para decidir si lo devolvían al mar o si lo vendían a un carrusel de ferias.

El maestro topo de las dos narices llegó sin resuello, siguiendo a duras penas al lobo de las cuatro

orejas, el tal Ulises, que se vio obligado a abrirle paso entre la gente que ya se había congregado alrededor. Cuando, por fin, don Abúlico pudo contemplar al náufrago, se quedó mudo. Nunca jamás había visto algo así y no lograba ubicarlo en su archivo mental de especies gamopelúsidas, así como tampoco sabía qué demonios podía ser el raro artefacto de dos ruedas que llevaba consigo.

–¡Qué criatura tan extraña! –exclamó al recuperar la voz.

–Ciertamente, ya habíamos observado que no es un gamopelusín –recalcó Ulises, el apuesto lobo policía que lucía cuatro orejas, sintiéndose defraudado por la obvia afirmación del maestro topo de las dos narices. ¿Para eso se había tomado la molestia de ir a buscarle?

–¡Mamá, mamá! –gritó un pequeño bicornio que jugueteaba con la arena–. ¿Por qué está desnudo? ¡No tiene pelo, ni plumas, ni escamas!

La madre bicornio, en lugar de responder, cogió al joven y le obligó a alejarse, pues pensaba que el recién llegado seguramente padecía algún tipo de enfermedad desconocida y contagiosa.

–Sólo tiene una nariz –hizo notar don Abúlico.

–Y dos orejas –señaló Ulises, el lobo policía.

–Y, con dos ojos nada más, ¿cómo puede ver

bien? –fue el comentario de un curioso que tenía dos pares de ojos. Su mujer lucía tres.

Otro dijo:

–Ni siquiera tiene más de dos brazos...

–Y únicamente dos piernas...

–¡Qué criatura tan extraña! –repetían.

Pero la madre bicornio, que había regresado tras dejar a su hijo a una distancia segura, opinó que seguramente era un bicho peligroso: lo más prudente era echarlo de nuevo al agua, para que las corrientes se lo llevaran por donde lo habían traído. En cambio, el curioso de los dos pares de ojos opinaba que lo ideal sería meterlo en una jaula y pasearlo por Gamociudad, para que todo el mundo lo viera. Otro, en cambio, se alineó con la madre bicornio, aunque, para él, había que incinerarlo primero, no fuera a descomponerse en el mar y contaminar las costas.

La discusión empezó a subir de tono y algunos gamopelusines se estaban alterando demasiado. Mientras, don Abúlico Topera, el maestro, recordó las palabras de Irnerio Vetusto, la profecía mil cuatrocientos ochenta y dos y el cataclismo que anunciaba. Un escalofrío le recorrió la espalda. «¡Por los Padres Gamopelusines! ¡Este tiene que ser, por fuerza, el Elegido!», pensó. «No puedo decírselo a esta gente ahora; ¡me tomarán por loco! Pero debo hacer algo...» Miró de nuevo

a la extraña criatura que yacía desmayada en la arena y, con su potente voz de maestro acostumbrado a hacerse oír por encima del griterío de los chavales, sentenció:

–¡Señoras, señores! No nos corresponde a nosotros decidir sobre la extraña criatura. ¡Hay que llevársela al Rey!

–¡Eso, eso! ¡Al Rey! –repetieron todos, muy de acuerdo con la resolución.

Levantaron a la extraña criatura y la subieron a un carro, junto con el raro aparato de dos ruedas que llevaba consigo. Fue entonces cuando se despertó.

–Hola –dijo, y la voz le temblaba por el susto de ver a tantos gamopelusines mirándole–, ¿quiénes sois y por qué me habéis metido en un carro?

–¡Oh! –exclamaron los presentes–. ¡Puede hablar!

–¡Claro que puedo hablar! –confirmó el visitante.

–Pues si puede usted hablar, haga el favor de identificarse ante la autoridad y declarar el objeto desconocido que ha importado usted –ordenó el policía con mucha seriedad, señalando el aparato de dos ruedas.

–Me llamo Martín, soy un niño y esto no es un objeto desconocido, sino una bicicleta –obedeció la criatura.

«¿Un humano?», pensó don Abúlico Topera. «¿Así que este animalillo pelón es uno de esos míticos humanos? ¡Nunca imaginé que fueran tan feos!»

Un grupo de paseantes con aspecto de martín pescador, aunque de dos picos y tres patas, se acercó. Les pareció que, sin duda, se trataba de algún pariente en apuros y quisieron llevárselo volando con ellos (bicicleta y todo), pero Ulises, el lobo policía de las cuatro orejas sacó la porra y amenazó a los martines pescadores de dos picos y tres patas:

–¿No les da vergüenza, con lo mayores que son ustedes? ¡Hagan el favor de mantener la calma! ¡Nadie va a llevarse a la extraña criatura!

–Además –intervino don Abúlico–, ha dicho que se llama Martín, no que sea un martín...

Esta explicación no convenció al grupo de improvisados rescatadores, que volvieron a la carga. Los martines pescadores siempre fueron unos gamopelúsidas muy obstinados, poco proclives al cumplimiento de la ley. El policía blandió la porra de nuevo:

–¡Márchense de aquí, o los detengo por desacato a la autoridad, por desórdenes públicos y por actividades aeronáuticas ilegales!

El dueño del carro, un corpulento asno de seis colas, preguntó:

–Bueno, agente... ¿Dónde ha dicho que debo llevar a la extraña criatura?

–¡Al Rey! ¡Al Rey! –gritaron todos–. ¡Hay que llevárselo al Rey!